

85/2023

16 de octubre de 2023

Marta González Isidoro *

El Proceso de Oslo: Contradicciones de una arquitectura de paz en un entorno regional victimista

El Proceso de Oslo: Contradicciones de una arquitectura de paz en un entorno regional victimista

Resumen:

Los Acuerdos de Oslo son una serie de resoluciones que Israel firmó con la entonces Organización para la Liberación de Palestina (OLP)¹ en la década de los años 90 y que dieron inicio a un proceso político que generó una gran esperanza.

Treinta años después de la firma de la Declaración de Principios en un momento calificado como «histórico», nos encontramos con la necesidad de reevaluar el cumplimiento de los compromisos adoptados entonces, examinar si queda algo de aquel espíritu, evitar, en la medida de lo posible, el colapso de la Autoridad Palestina y con ello, el deslizamiento hacia un solo Estado, y encontrar nuevas fórmulas para abordar un problema que es crítico para la seguridad de Israel en un momento en que las alianzas en todo Oriente Medio se están reconfigurando.

Palabras clave:

Proceso de Oslo, paz, Israel, Palestina, OLP, seguridad, Oriente Medio.

¹ Creada en mayo de 1964, a instancias de Egipto, como un nuevo instrumento de lucha armada orientada a la liberación de toda la Palestina del Mandato Británico (del río al mar, es decir, ambas orillas del río Jordán). El artículo 24 de la Carta Nacional Palestina (que no se ha derogado ni modificado) exige la recuperación de todas las tierras bajo control israelí, lo que significa, en la práctica, el no reconocimiento del Estado de Israel y su sustitución por un Estado árabe palestino, en el que la comunidad judía esté bajo soberanía árabe y sea considerada minoría nacional.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

The Oslo Process: Contradictions of a Peace Architecture in a Victimist Regional Environment

Abstract:

The Oslo Accord is a series of Agreements that Israel signed with the then Palestine Liberation Organization (PLO) in the decade of the 90s and that initiated a political process that generated great hope, both internationally because they seemed to bet on the peaceful resolution of the Arab-Israeli and Palestinian-Israeli conflict, as internally in Israeli society, since they legitimized a Palestinian Authority that was thought to be consolidated as a strong and demilitarized authority with which to establish peaceful and mutually beneficial relations, the existence and recognition of a Jewish and democratic State of Israel would be guaranteed and the entire Middle East region would enter into a dynamic of openness and development that would break with traditional ideological stigmas, neutralizing, over time, extremism.

Thirty years after the signing of the Declaration of Principles at a moment described as “historic”, we find ourselves with the need to reassess the fulfillment of the commitments adopted then, to examine whether anything of that spirit remains, to avoid, as far as possible, the collapse of the Palestinian Authority and with it, the slide towards a single State, and finding new formulas to address a problem that is critical to Israel’s security at a time when alliances across the Middle East are being reconfigured.

Keywords:

Oslo Process, Peace, Israel, Palestine, PLO, Security, Middle East.

Cómo citar este documento:

GONZÁLEZ ISIDORO, Marta. *El Proceso de Oslo: Contradicciones de una arquitectura de paz en un entorno regional victimista*. Documento de Opinión IEEE 85/2023.
https://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2023/DIEEEO85_2023_MARGON_Oslo.pdf
y/o [enlace bie³](#) (consultado día/mes/año)

Introducción

El 30 aniversario del comienzo del llamado Proceso de Oslo es un momento apropiado para analizar por qué un acontecimiento que generó tantas expectativas en Israel y el mundo árabe, y sembró de esperanza la posibilidad de una reconciliación entre los dos nacionalismos que comparten territorio —el sionismo y el palestino— ha fracasado.

Israel apostó en aquel momento por reconocer a un interlocutor —la Organización para la Liberación de Palestina, OLP— como representante del pueblo palestino, que creía estaba dispuesta a llegar a un compromiso sobre la solución basada en la fórmula del reconocimiento mutuo y el intercambio territorial en las fronteras de 1967. La arquitectura del Proceso de Paz, articulada en unos principios que se irían implementando por pasos mediante acuerdos provisionales hasta su concreción en un estatuto final, se derrumbó durante la llamada Intifada de Al-Aqsa de septiembre de 2000. Si bien la administración de los gobiernos de Isaac Rabin y Simón Peres pecaron de optimistas y cometieron errores, no es menos cierto que el paso del tiempo convenció a Israel de que la fórmula de un Estado binacional, que estaba realmente en la mente de los líderes palestinos, no es la más adecuada para la supervivencia del Estado de Israel como Estado democrático y judío.

La crisis de expectativas apareció casi desde el principio de las negociaciones políticas, interrumpidas en la Conferencia de Taba de enero de 2001, dejando a Israel en una posición de inferioridad estratégica respecto a las situaciones anteriores. La identificación de lagunas, disputas internas y la búsqueda de áreas de flexibilidad en las posturas no fue suficiente. La presión del tiempo fue un factor que aceleró un proceso de toma de decisiones que generó, a su vez, una profunda polarización interna por la forma en la que se traducían sobre el terreno una realidad compleja. En el caso de Israel, el miedo a dejar pasar una ventana de oportunidad ante el horizonte de una realidad que se percibía como una amenaza existencial, como el temor del aumento demográfico árabe, el peso de la seguridad o la amenaza a un estallido palestino violento, había llevado a los líderes israelíes a aceptar como socio negociador a la OLP en lugar de la representación de los residentes de los territorios (Cisjordania y Gaza) con los que se habían iniciado los contactos. Este error supo ser aprovechado por el liderazgo palestino que, por medio de la táctica de la paciencia, se ha mantenido inamovible en su postura

frente a asuntos críticos como el «derecho» a la tierra o el asunto del retorno de los «refugiados». La interpretación amplia del «derecho de retorno» de la OLP, basada en la Resolución 194 de la Asamblea General de la ONU de 1948, la negativa de los palestinos a ver la cuestión de los asentamientos como un asunto político que puede resolverse mediante el intercambio de tierras o la incapacidad para reconocer el carácter judío del Estado de Israel (incluso la propia legitimidad del Estado de Israel) y la conexión judía en la región, ha generado temores y desconfianza ante un interlocutor anclado en la visión maximalista de la recuperación de la Gran Palestina, y que no se diferencia de Hamás y de otras organizaciones revisionistas y/o terroristas salvo en la estrategia para conseguir los mismos fines. En lugar de fortalecer a los líderes locales, la apuesta que en su momento hicieron los negociadores de Oslo fue el reconocimiento a la OLP, organización que entonces estaba muy debilitada y que en aquel momento estaba calificada como terrorista. Esto no solo la fortaleció, sino que la legitimó en el escenario internacional, una vez fue reconocida por Estados Unidos, la Unión Europea y las Naciones Unidas².

A partir de esa legitimidad internacional y la visibilidad que le acompaña, la Autoridad Palestina ha emprendido una calibrada y cuidadosa estrategia de desgaste que, con diferentes grados de extensión e intensidad en el tiempo, se ha manifestado en una combinación de esfuerzos diplomáticos en el ámbito internacional —deslegitimación de Israel— y una guerra de desgaste a nivel interno —terrorismo y resistencia popular. La principal razón de la violencia palestina es estructural, viciada de ideología y condicionada por los episodios del pasado, y eso les impiden afrontar con pragmatismo el futuro y aspirar a una nacionalidad independiente que no se fundamente en los principios de victimización, incitación al odio y recompensa del terrorismo³.

² A finales de 1993 la OLP atravesaba uno de los momentos más graves de su historia. Unos días antes de formalizarse el llamado Proceso de Oslo, la prensa de Israel y de otros países de Oriente Medio como Jordania, Irak, Kuwait o Líbano, se hacía eco de la situación precaria en la que se encontraban Arafat y la OLP, casi al borde de la bancarrota y la disolución, sin apoyos de peso en el mundo árabe y con la credibilidad muy mermada desde la guerra del Golfo de 1990 en que habían optado por apoyar a Sadam Huseín. Por alguna razón que aún no se comprende en determinados estamentos de la Inteligencia israelí, el entonces jefe del Estado Mayor de las Fuerzas de Defensa de Israel, el general Ehud Barak, decidió salvarlo. INBARI, Pinhas. «The Oslo Accords Saved the PLO and Renewed Its Struggle against Israel», *Jewish Political Studies Review*, Vol. 30, No. 1/2. Jerusalem Center for Public Affairs, 2019, pp. 238-242, Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/26642827>

Nota: Todos los enlaces están activos a día 6/10/2023.

³ GONZÁLEZ ISIDORO, Marta. *Viabilidad de un futuro Estado palestino: victimización, incitación a la violencia y recompensa del terrorismo como forma de hacer política*. Documento de Opinión IEEE 38/2023. Disponible en: https://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2023/DIEEEO38_2023_MARGON_Palestina.pdf

Antecedentes

El histórico apretón de manos entre el primer ministro israelí, Isaac Rabin, y el líder de la hasta entonces organización terrorista Organización para la Liberación de Palestina (OLP) Yasser Arafat, en los jardines de la Casa Blanca el 13 de septiembre de 1993, transmitió una poderosa sensación de promesa, en palabras del entonces presidente norteamericano, Bill Clinton, por el riesgo y el coraje político que ambas partes asumían. Unos más que otros, porque el sistema de seguridad y de inteligencia israelí había sido excluido deliberadamente de las conversaciones de Oslo, criticando severamente la falta de lógica de convertir de repente a un acérrimo enemigo en compañero de viaje. La sociedad israelí se polarizaba y el asesinato de Isaac Rabin, el 4 de noviembre de 1995⁴, intensificó un fenómeno que se debatiría desde entonces entre considerar el Proceso como un error estratégico o un avance en la *securitización*⁵ de Israel como un Estado judío y democrático.

El camino a Oslo no estuvo exento de dificultades. Producto de los resultados de la guerra de Yom Kippur de 1973, que tuvo efectos catalizadores en el mundo árabe y en el campo palestino, todas las iniciativas que se han venido presentando desde entonces no han sido sino estrategias de aplazamiento del reconocimiento del hecho diferencial de Israel como un actor legítimo en Oriente Medio⁶.

Si bien los obstáculos para la implementación de la Declaración de Principios, que condujo a la firma del Acuerdo Interino en septiembre de 1995, han sido considerables y el Proceso está muerto, aunque oficialmente no se haya cancelado, es necesario entender el patrón de pensamiento que condujo a las negociaciones de Oslo⁷ y que

⁴ El asesinato del primer ministro Isaac Rabin al final de una manifestación por la paz, por un extremista judío —Yigal Alon—, provocó una profunda ruptura en la historia del Estado de Israel y del pueblo judío que aún no se ha cerrado.

⁵ Término empleado por Ori Wertman para referirse a los esfuerzos de Isaac Rabin para separar políticamente las dos comunidades (israelí y palestina) y contrarrestar la amenaza de un Estado binacional. WERTMAN, Ori. «The Securitization of the Bi-National State: The Oslo Accords, 1993-1995», *Research Forum. Strategic Assessment*, Volume 24. November 2021. Disponible en: https://www.inss.org.il/wp-content/uploads/2022/12/Adkan24.4Eng_5-pages-25-40.pdf

⁶ En marzo de 1977 la misma OLP aprueba un *plan de pasos* que será respondido favorablemente por el gabinete israelí de Isaac Rabin con la *Iniciativa Shem-Tov Yarim*. Cuando Rabin, durante su segundo mandato en 1992, se entera que Arafat, en el exilio de Túnez, está dispuesto a recuperar los fundamentos de esta iniciativa, entiende que no negociar con la OLP significaría fortalecer al Movimiento de Resistencia Islámico Hamas, vinculada a los Hermanos Musulmanes y asentado en la Franja de Gaza. Con este dilema, se apuesta por una postura pragmática de asumir unos postulados que se basarán en el intercambio territorial a cambio de paz, y que se incorporarán a la Declaración de Principios, dando rodaje al conocido como Proceso de Oslo.

⁷ Tras la Conferencia de Paz de Madrid de noviembre de 1991 se pone en marcha un mecanismo oficial de negociación, dirigido desde Washington por Eliakim Rubinstein con el apoyo de las agencias estatales de

explican el fracaso de los compromisos adquiridos y la imposibilidad en la actualidad de salir de este *impasse*. Mientras que el equipo negociador israelí apostó por una estrategia de avanzar «paso a paso» (desde el punto de vista diplomático, ir desde un principio hasta el final) con la expectativa de crear una nueva realidad que condujera a un futuro mejor, los negociadores palestinos tuvieron muy claro desde el principio sus objetivos finales (ir desde el final al principio), evitando cualquier acuerdo que comprometiera la consecución de dichos objetivos y utilizando los compromisos adquiridos en las fases interinas como provisionales⁸. La arquitectura de los Acuerdos de Oslo, establecida sobre la idea de un modelo de autonomía palestina⁹ que ya se había planteado en los Acuerdos de Camp David con Egipto en 1978, enredó las negociaciones, compartimentando los asuntos clave en fases que obligaban a Israel a su cumplimiento desde un principio¹⁰ —por ejemplo la retirada gradual y permanente de los territorios— pero no exigían contrapartidas a los palestinos, que se ocupaban del control administrativo de su población, pero no del control de la tierra y la seguridad, generando la paradoja de que los asentamientos israelíes quedaron cercados en zonas cada vez más hostiles —lo que precisaba a su vez la presencia de las Fuerzas de Defensa Israelíes para garantizar su seguridad—, mientras el liderazgo palestino era incapaz de mantener el autogobierno y confrontar a las organizaciones de oposición. La toma del poder de la Franja de Gaza en 2007 por la organización terrorista Hamás ilustra la debilidad del liderazgo palestino —primero con Yasser Arafat, después con Mahmoud

planificación e inteligencia, y otro clandestino, liderado desde Oslo por el viceministro de Relaciones Exteriores, Yossi Beilin, compuesto por un equipo de académicos y altos funcionarios, pero sin experiencia política en negociación de controversias. El llamado Proceso de Oslo elaboró un borrador que fue la base de la Declaración de Principios de 1993, un convenio de reconocimiento mutuo entre Israel y la OLP por el que se sentaban las bases para un gobierno autónomo palestino, limitado en algunas zonas de la Ribera Occidental (Cisjordania) y Gaza, a cambio de la renuncia del terrorismo por parte de los palestinos. El jefe del equipo negociador israelí explica su experiencia en esos días que cambiaron la historia de Oriente Medio. En sus memorias relata los temores de los primeros encuentros, la necesidad de confidencialidad para generar confianza y la preocupación por neutralizar los extremismos. SAVIR, Uri. *The Process. 1100 Days That Changed The Middle East*. Random House, New York, 1998.

⁸ La arquitectura de los Acuerdos estaba diseñada para implementarse por fases, y de forma gradual la Autoridad Palestina ganaría más áreas de responsabilidad y autoridad sobre los territorios: primero en la Franja de Gaza y el área de Jericó, y después las áreas más pobladas de Cisjordania, definidas como las zonas A, B y C, esta última sigue bajo control de Israel. Las cuestiones centrales, como asentamientos, fronteras, seguridad, Jerusalén o refugiados debían negociarse y fijarse en un acuerdo permanente que no se ha alcanzado.

⁹ Los líderes de Israel de aquel entonces, Isaac Rabin y Simón Peres descartaron la posibilidad de que los Acuerdos de Oslo desembocaran en un Estado palestino independiente, con capital en Jerusalén, así como a la renuncia del control israelí del valle del Jordán.

¹⁰ Israel sufrió una fuerte presión internacional, desde el principio, para avanzar en una arquitectura que desembocara en el establecimiento de un Estado Palestino en base a la interpretación amplia de las Resoluciones 242 y 338 de las Naciones Unidas.

Abbas— para establecer y mantener un autogobierno unificado que priorice la apuesta por las ventajas del progreso y el desarrollo económico, social y tecnológico en aras de la constitución de un Estado independiente y viable junto a Israel, con fronteras entre ambos Estados delimitadas y seguras.



Figura 1. Mapa de las fronteras previstas en los Acuerdos de Oslo.

Fuente: «Oslo Accords». *Israel's Foreign Relations: Selected Documents*. 1992-1994. Editor Meron Medzini. Jerusalén: Ministerio de Relaciones Exteriores, 1995, pp. 310-328.

La aparente reconciliación entre las partes dio como resultado una falta de simetría a la hora de valorar las expectativas y la interpretación que cada una de ellas se hizo sobre los objetivos del Acuerdo, que para Israel (hasta 1998) pasaban por el establecimiento de una paz con los palestinos bajo un régimen de autonomía sin llegar a la constitución de un Estado independiente, mientras que para los palestinos, la transferencia de territorios, al tiempo que provocaba cada vez más problemas en Israel, consolidaba el objetivo de apostar también por la protección e integración de los ciudadanos árabes israelíes, a los que considera parte de la nación palestina, sobre el principio del derecho

de retorno al territorio de Israel¹¹. Además, el uso de la violencia y el terrorismo como estrategia de presión y negociación ha reducido la confianza de la sociedad israelí para alcanzar un acuerdo con un interlocutor educado en la hostilidad desde la misma escuela¹².

Estructura y objetivo de la Declaración de Principios

- Establecer un gobierno autónomo provisional en Gaza y el área de Jericó, y el traspaso gradual de responsabilidades en educación y cultura, salud, bienestar social, tributación directa y turismo. Jerusalén, asentamientos, ubicaciones militares e israelíes se tratarán en un estatuto final sujeto a negociación sobre la base de las Res. 242 y 338 del CS de NNUU.
- Redespliegue gradual de las fuerzas militares israelíes de esa zona y asunción de responsabilidades de orden público y seguridad interna por el Consejo Palestino autorizado para esa labor. La retirada del gobierno militar no impedirá que Israel ejerza las facultades y responsabilidades que no se transfieran al Consejo. Israel seguirá siendo responsable de la seguridad externa e interna y del orden público de los asentamientos y de los israelíes. También de las relaciones exteriores y de otras cuestiones mutuamente convenidas. Las fuerzas militares y civiles israelíes seguirán utilizando libremente las carreteras en la Franja de Gaza y en la zona de Jericó.
- Se negociará el traspaso de otras atribuciones y responsabilidades según se convenga.
- Se establecen programas sectoriales de desarrollo y cooperación regional, un Fondo para el Desarrollo en Oriente Medio, un Banco para el Desarrollo de Oriente Medio y un Comité Mixto de seguimiento.

Cuadro: elaboración propia a partir del texto oficial

Los Acuerdos de Oslo: una reevaluación 30 años después

La región de Oriente Medio está atravesada por numerosas líneas de fractura. Entidades estatales y no estatales mantienen relaciones complejas entre ellos, conexiones, luchas de poder y liderazgo. Pero también esa competencia se da en el interior de cada Estado, entre los ciudadanos y sus élites en torno a cuestiones fundamentales que tienen que ver con la economía, la sociedad, la gobernanza o la identidad. El orden relativamente estable que caracterizaba la región, con Estados nación encabezados por líderes fuertes

¹¹ Aunque Israel sí reconoció a la OLP como el «único representante del pueblo palestino», la OLP nunca aceptó el reconocimiento de Israel como un «Estado judío y democrático», que es como se define, limitándose a considerar ambiguamente el «derecho a Israel a vivir en paz y en seguridad». La parte israelí se mantuvo satisfecha hasta 2009, momento en el que se produjeron los primeros desencuentros entre Benjamín Netanyahu y Mahmoud Abbas por esta cuestión de la identidad judía y de la delimitación de fronteras.

¹² GONZÁLEZ ISIDORO, Marta. *Op. cit.*

y sostenidos por ejércitos y aparatos de seguridad represivos y violentos, viene enfrentando muchos desafíos desde finales de la década de los 70 del pasado siglo. En 2011, las protestas masivas que se van a conocer como Primaveras Árabes, en una zona particularmente inmune al malestar social, son las que terminarán provocando el derrocamiento de esos liderazgos y sus estructuras, exacerbando las tensiones entre la soberanía del Estado y las identidades supranacionales clásicas que han caracterizado la región. La causa palestina, que hoy es residual en la agenda internacional, está atrapada entre las ideologías y visiones del mundo en conflicto que buscan definir los contornos del orden regional, y aquellas consideraciones de realismo político que acompañan las preferencias ideológicas en la formulación de políticas. Y es precisamente en el campo de los pragmáticos —Egipto, Jordania, Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos, Baréin— donde a nivel geopolítico se va a jugar el futuro de los palestinos, divididos también en cuanto al patrocinio regional.

La idea de la solución de dos Estados con garantías de seguridad y reconocimiento mutuo parece lejana en el tiempo. El proceso de diálogo, basado en la buena voluntad y en una prudente estrategia de aplazar los asuntos más complicados para comenzar con un autogobierno limitado en Gaza y los territorios disputados de la Ribera Occidental, respondía a los deseos de generar confianza para alcanzar lo que Uri Savir calificaba como «la necesidad de democratizar la paz»¹³, que no es sino necesidad de crear una cultura de paz en una región caracterizada fundamentalmente por el victimismo y la carencia de oportunidades. La esperanza de que los beneficios para las partes fueran suficiente activos para eliminar el terrorismo y neutralizar el fundamentalismo ideológico se diluyó a medida que se hacían evidentes las intenciones de los líderes de Fatah, la facción mayoritaria dentro de la OLP, cuyas prioridades se fundamentan en el control monetario, el control de armas y el control de los medios. La promesa de que la paz traería seguridad resultó vacía, agravada por el hecho de que, al ser un proceso negociado en secreto y dirigido desde las élites, suscitó un fuerte rechazo en ambos sectores, impidiendo la neutralización de los extremismos y llevando a la

¹³ SAVIR, Uri. *Peace First: A New Model to End War*. Berret-Koehler Publishers, 2008.

sociedad israelí a la consideración de que cualquier compromiso o transferencia territorial pone en riesgo la seguridad nacional¹⁴.

Sin embargo, los Acuerdos de Oslo, aunque se percibieron como un proceso de paz, estuvieron diseñados como una medida de seguridad para contrarrestar la amenaza que suponía avanzar en el largo plazo hacia un Estado binacional no deseado. Israel decidió mantener estratégicamente a la Autoridad Palestina, cooperando con sus órganos de seguridad en Cisjordania, a pesar del apoyo financiero que brinda a las familias de los terroristas, como una barrera protectora frente a un escenario de mayor desestabilización que reforzaría el poder de influencia de Irán en la región. La transformación de Gaza en un centro de extremismo islámico desde la retirada de Israel en 2005, y las luchas internas en el seno del movimiento Fatah por la sucesión de Mahmoud Abbas¹⁵, presentan un desafío para Israel, que se ve de nuevo en el dilema de fortalecer el gobierno palestino local ante la proliferación de facciones extremistas que amenazan su seguridad y socavan la autoridad de los líderes de la Autoridad Palestina¹⁶. Los Acuerdos de Oslo prevén la existencia de un organismo de interlocución palestino único y unificado, algo que no se da en la práctica. La creciente fatiga de la sociedad israelí, la progresiva radicalización de los árabes israelíes, la desestabilización y la fragmentación del sistema político israelí, junto con un entorno regional inestable y el abuso del discurso sobre los derechos humanos para socavar la legitimidad de Israel en los organismos internacionales, son razones para considerar con seriedad el futuro del campo palestino post-Abbas. Israel es consciente de la influencia que puede ejercer en

¹⁴ Aunque Israel ha logrado disminuir la infraestructura terrorista de Cisjordania, la de Gaza permanece intacta a pesar de las campañas de asesinato selectivo de sus dirigentes. Hasta la fecha, cerca de 2000 israelíes han sido asesinados, y más de 9000 han resultado heridos por violencia palestina, incluidos atentados suicidas, una táctica prácticamente inaudita en el contexto palestino-israelí anterior a Oslo.

¹⁵ El Consejo Revolucionario del movimiento Fatah tiene previsto celebrar su octava conferencia en Ramala el próximo 17 de diciembre de 2023. Hussein Al-Seikh, actual secretario general del Comité Ejecutivo de la OLP y ministro de Asuntos Civiles de la Autoridad Palestina se va a postular para suceder a Mahmoud Abbas. Aunque otros altos dirigentes de Fatah se ven a sí mismos también como sucesores, Al-Seikh, pese a tener un apoyo residual (apenas un 3 %) entre la población palestina según las encuestas, cuenta con el apoyo de Majed Faraj, el poderoso jefe de la Inteligencia palestina.

¹⁶ El asesinato de un alto funcionario de Fatah en el campo de refugiados de Ain Al-Hilweh, próximo a la ciudad libanesa de Sidón, el 30 de julio de 2023, desencadenó una oleada de violencia entre miembros de un grupo islamista afiliado a Al-Qaeda y las diferentes facciones palestinas que operan en el campo, en fricción también entre ellas. Los campos de refugiados del Líbano son una fuente de poder fundamental para la Autoridad Palestina, que ve cómo su liderazgo se debilita a favor de Hamás y la Yihad Islámica Palestina, y Fatah se enfrenta a la competencia de los rivales políticos de Mahmoud Abbas. Todo en medio de un escenario de fuerte presencia de Hizbulá y la Guardia Revolucionaria de Irán y creciente influencia del yihadismo ligado a Al-Qaeda y el ISIS. BEN MENACHEM, Yoni. «Extremist Islam Challenges Fatah in Lebanon», *Jerusalem Center for Public Affairs*. September 11, 2023. Disponible en: <https://jcpa.org/extremist-islam-challenges-fatah-in-lebanon/>

el próximo líder de una Autoridad Palestina relativamente autónoma pero dependiente de la transferencia de los ingresos fiscales, del reconocimiento de su estatus y de unos privilegios que se otorgan a su líder y su entorno según lo prescrito en los Acuerdos de Oslo, disueltos en la práctica. Las negociaciones para ampliar los Acuerdos de Abraham para incluir la normalización entre Israel y Arabia Saudita pueden ser una ventana de oportunidad para impulsar la economía de los habitantes de Gaza y Cisjordania sin que se beneficie directamente Hamás¹⁷ y buscando la reconciliación entre las diferentes facciones palestinas, dadas las exigencias poco realistas del movimiento palestino, en una apuesta de Arabia Saudí por la estabilidad política, económica y de seguridad regional global sobre la base de parámetros que tengan en cuenta su posición en el mundo musulmán y sus sensibilidades específicas¹⁸. Descartada cada vez más la viabilidad de dos Estados, es posible que Arabia Saudí se conforme con el cese de la violencia en Jerusalén, Judea y Samaria y con algún tipo de fórmula positiva simbólica hacia los palestinos en consonancia con Jordania y Egipto¹⁹.

Conclusiones

Los Acuerdos de Oslo supusieron un importante dilema de seguridad para Israel, que apostó por restaurar los derechos de la OLP con la esperanza de que se convirtiera en un actor político capaz de crear una infraestructura para un autogobierno palestino, anticipo de un Estado civil que pudiera convivir junto a Israel. A pesar de contar con el aval político de los Estados Unidos y el impulso económico de la Unión Europea, el

¹⁷ Arabia Saudí ha presentado dos propuestas de normalización con Israel condicionadas al establecimiento de un Estado palestino en las fronteras de 1967: El Plan Fahd en 1981 y la Iniciativa Saudita de 2001. Esta condición del mundo árabe para establecer relaciones diplomáticas con Israel desapareció en 2020 con la firma de los Acuerdos de Abraham. En la entrevista que el príncipe heredero Mohamed Bin Salman concedió a la cadena norteamericana Fox a finales de agosto de 2023, la palabra «Estado palestino» no se pronunció, y se sustituyó por «hacer el bien a los palestinos». Un giro significativo que indica la prioridad de Arabia Saudí por el fortalecimiento de la posición del Estado de Israel en Oriente Medio y la estabilidad en los campos de la economía y la seguridad. «Mohammed bin Salman: We aren't proud of all of our laws in Saudi Arabia», Fox News. Special Report September 20, 2023. Disponible en: <http://foxnews.com/video/6337519179112>

¹⁸ Las principales exigencias de Arabia Saudí para normalizar sus relaciones diplomáticas con Israel son la firma de un Pacto de Defensa con Estados Unidos, nuevos contratos para la adquisición de armas y cooperación para establecer un programa nuclear civil. «Mohamed Bin Salman aseguró que Arabia Saudita e Israel estarían más cerca de normalizar relaciones», France24h. 22/9/2023. Disponible en: <https://www.france24.com/es/video/20230922-mohamed-bin-salman-asegur%C3%B3-que-arabia-saudita-e-israel-estar%C3%ADan-m%C3%A1s-cerca-de-normalizar-relaciones>

¹⁹ Funcionarios de la Autoridad Palestina han mostrado interés por involucrarse en los proyectos regionales que se están llevando a cabo en el marco de los Acuerdos de Abraham. Si Israel se compromete a no debilitar a la Autoridad Palestina, y esta a contener la violencia, es probable que Israel y Arabia Saudí puedan avanzar en un acercamiento gradual que genere confianza entre todos los actores regionales.

compromiso con la misión ideológica de la organización primó sobre las consideraciones realistas y pragmáticas. El liderazgo palestino no fue capaz de renunciar a la doctrina de la homogeneidad territorial y política del mundo árabe y musulmán, perdiendo la oportunidad Yasser Arafat, primero y Mahmoud Abbas después, de convertirse en hombres de Estado.

La administración israelí ha seguido negociando, a pesar del terrorismo y la incitación a la violencia, tratando de encontrar una solución satisfactoria y pragmática. El proceso de diálogo, basado en una prudente estrategia de aplazamiento de los asuntos más controvertidos, como refugiados, los asentamientos, la delimitación de las fronteras o la cuestión de Jerusalén, se centró en establecer medidas de confianza que facilitarían el autogobierno palestino, primero en Gaza y Jericó, y más tarde ampliada a las áreas de la Ribera Occidental en lo que se va a conocer como áreas A, B y C, esta última bajo control israelí. Pero la pérdida de confianza en las intenciones del liderazgo palestino y el hecho de que fuera un proceso negociado en secreto y dirigido desde las élites, restó legitimidad a los ojos de una parte de la opinión pública y ralentizó su implementación también en la Knéset, el Parlamento israelí. La esperanza de que los beneficios en las ganancias de los activos entre las partes eliminarían el terrorismo y rebajaría el fundamentalismo ideológico se evaporó a medida que la élite palestina asumía el control monetario, de las armas y de los medios de comunicación.

A pesar de las deficiencias y contradicciones, Israel y la Autoridad Palestina se resisten a cancelar oficialmente unos Acuerdos cuya importancia histórica radica en permitir la apertura de canales de coordinación intersectorial en una región fundamentalmente compleja en materia de seguridad. Los objetivos previstos por los Acuerdos de Oslo se han logrado solo parcialmente, por los diversos aspectos contradictorios que, a pesar de la buena voluntad, eran difícilmente asumibles por las partes. Mientras Israel estuvo dispuesto al intercambio y transferencia de tierras, el movimiento palestino nunca tuvo la intención de aceptar la soberanía judía independiente de un Estado de Israel junto a un Estado árabe de Palestina. La cuestión de los refugiados, el estatuto de Jerusalén o el asunto de las reparaciones, entre otros, fueron obstáculos artificialmente manipulados para presionar y quebrar el espíritu del Proceso. De hecho, la Cumbre de Camp David de 2000 marcó un punto de inflexión crítico en la comprensión israelí de que dicho Proceso había servido solo para facilitar el movimiento

de las organizaciones subversivas y terroristas de la OLP en Judea, Samaria y la Franja de Gaza. La violencia estructural, las divergencias entre las distintas facciones, el entorno regional, la cultura del victimismo o la diplomacia activa en favor de la deslegitimación de Israel en la arena internacional hacen imposible la prolongación de un proceso que hoy, en la actualidad, pasa por una solución regional en el marco de los llamados Acuerdos de Abraham.

Los impactantes acontecimientos que se viven en la región desde que, el pasado 7 de octubre, facciones de Hamas irrumpieran en el interior del territorio de Israel rompiendo la brecha de Seguridad, demuestra que la agenda ideológica de avanzar en la recuperación de la Palestina anterior a las fronteras de 1948 se antepone, en el campo palestino, a la lógica de la búsqueda de la prosperidad económica, el desarrollo social y la estabilidad regional. Hoy el problema palestino es insalvable, y en Israel se abre un período de incertidumbre política y desafío estratégico aún por evaluar. Si no queremos que el equilibrio regional se vea seriamente comprometido, restaurar la Autoridad Palestina y desactivar el estatus de Hamas y su influencia en la arena palestina podría ser la única garantía de trasladar el conflicto de la arena cognitiva al político y territorial. De lo contrario, la limitación del gobierno de Israel para enfrentar acciones híbridas que no responden a la lógica de ningún filtro moral podría ser cosa del pasado.

*Marta González Isidoro**
Periodista y politóloga
Analista de Israel y Oriente Medio
[@Bejaelma](#)